

LA REGION INSOSLAYABLE*

*Daniel Hiernaux Nicolas***

El tema del espacio nunca había encontrado un eco tan relevante como el que ha tenido en las ciencias sociales en los últimos cinco años. Ante este fenómeno, resulta sorprendente observar que la geografía ya no mantiene un monopolio de los temas espaciales, mientras que han tomado un rol creciente en la antropología, la etnología, la economía, la sociología, etc. (1).

Contrariamente al esfuerzo de "espacialización" propio de los sesenta y los setenta, en el cual se afirmó la dominación de una visión funcionalista y geometrizada del espacio (2), las ciencias sociales han descubierto el valor inherente de una categoría de espacio mucho más compleja que aquella de corte funcionalista que dominaba en los años setenta. Hoy, la categoría espacio en las ciencias sociales recupera sólidas tradiciones culturales, por las cuales, junto al espacio, aparece el *lugar* como una categoría esencial para comprender el funcionamiento de las sociedades actuales, como lo fue en las sociedades tradicionales.

No es extraño entonces que los antropólogos, etnólogos e historiadores hayan aceptado esta categoría, mucho más cercana a sus preocupaciones disciplinarias fundamentales, mientras que difícilmente podían satisfacerse con la concepción geometrizada del espacio (3).

A fin de comprender cómo ha evolucionado el concepto de espacio, y por ende el de región, creemos oportuno recurrir a un breve repaso histórico de los mismos, explicando —lo que es la hipótesis central de este

ensayo— que cada época procrea una forma específica de entender las cuestiones "espaciales" o territoriales. De lo anterior se desprende una segunda hipótesis, referida a que la época actual, de transición radical si no de ruptura en no pocas esferas de la vida societaria, requiere de un redimensionamiento de los conceptos de espacio, territorio y región que han sido manejados desde tiempos atrás. Cabe subrayar, y se regresará a lo anterior en páginas posteriores, que no estamos en condiciones de definir aún un concepto de espacio o de región, ya que la redefinición de nuestros paradigmas societarios de base, se encuentra aún lejos de resolverse.

1. LA CONSTRUCCION HISTORICA DEL CONCEPTO DE ESPACIO Y DE REGION

Las bases filosóficas del concepto de espacio son muy complejas. Las hemos analizado en un artículo anterior (4). Una perspectiva histórica que articule la formación de un paradigma espacial con el contexto de la época resulta de vital importancia para justificar por qué requerimos, en la actualidad, de una revisión de los paradigmas en uso.

Se puede partir de fines del siglo XVIII, cuando en el contexto de institucionalización de la geografía se comenzaba a desarrollar el concepto de región natural, basado en una visión del espacio fuertemente marcada por la presencia omnidefinitoria del espacio natural, del medio físico (5). La región natural es, en esa época

* Este texto es la versión escrita *ex post* de la conferencia impartida en la Maestría en Ciencias Sociales de la Universidad Autónoma de Guerrero, el viernes 29 de abril de 1994, en la ciudad de Chilpancingo, Guerrero, México.

** Profesor investigador titular de la Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Xochimilco, de la Ciudad de México, y miembro del Sistema Nacional de Investigadores.

ca, el medio de vida, el entorno geográfico por excelencia, en el cual se desarrollan las actividades humanas. Esta región se vio marcada por patrones tradicionales de comportamiento de las sociedades, por un enraizamiento evidente al terruño, al espacio local en el cual se desarrolla la mayor parte de las actividades humanas (6).

La articulación de los espacios era entonces fuertemente limitada. El Estado-Nación ha buscado la homogeneización del territorio, garantizar la protección de sus fronteras e imponer, sobre la permanencia de las culturas regionales, un modelo de cultura nacional aceptable y asimilable por la mayoría de los habitantes.

Este papel del Estado-Nación dio lugar a la formación de un Espacio-Nación, que sirvió de referente a la constitución de la ciudadanía moderna, el hombre nuevo prohiado por la Revolución Francesa y sus secuelas democratizadoras y modernizantes en el mundo entero. El Espacio-Nación, en el cual se insertan las poblaciones regionales, se superpone, se traslapa con las regiones tradicionales donde se desarrolla la vida cotidiana, donde aún buena parte de las actividades económicas encuentran su racionalidad productiva.

Aun con el avance del capitalismo después de la Revolución Industrial, se requirieron numerosas décadas para llegar a imponer en forma más radical el Espacio-Nación, y ver el surgimiento de un espacio-mundo, aún en forma incipiente. El concepto de espacio decimonónico es aún el de espacio tradicional, natural, formado de paisajes particulares, en los cuales es posible asociar el medio natural y transformado por la actividad humana, con el asentamiento de la población y de sus actividades económicas. Recordemos que para Vidal de la Blache el paisaje es la fisonomía de la región.

No es difícil entender que para un autor como Vidal el concepto de paisaje y el de género de vida, asociado al anterior, constituyeran la base de su visión del espacio desde lo que se llamará posteriormente la geografía clásica francesa o la geografía posibilista (7).

Cabe recordar que aún a fines del siglo pasado tampoco existía una homogeneización del tiempo: espacio fragmentado, tiempo fragmentado, cada campanario

tocaba la hora de su región según sus muy propias mediciones.

Lo anterior no impidió que algunos factores o procesos nuevos vinieran a modificar radicalmente la concepción del tiempo y el espacio, generándose así el paso a la modernidad y su peculiar visión del tiempo y del espacio homogeneizados. Esta transición se hace lentamente. Kern afirma, con justa razón, que es entre 1880 y el fin de la Primera Guerra Mundial que lograron afirmarse las bases de la concepción espacio-temporal de la modernidad (8). A este respecto, la influencia de pensadores precursores como Saint-Simon es esencial para consolidar intelectualmente esta visión modernista, mientras que otros de sus contemporáneos, como Fourier (9), proponían una visión tan radicalmente diferente que rayaba en la utopía y, para algunos, se podía asimilar a verdaderas divagaciones.

No caben dudas que es a partir de esas fechas que se extiende la visión del hombre con relación al espacio y al tiempo. Si bien se puede fijar un tiempo único, o por lo menos un sistema de medición que refleje una visión uniformada por las instituciones del tiempo moderno, establecer el espacio único resultaría mucho más escabroso. Sin embargo, la velocidad del cambio de las mentalidades en alguna medida se encuentra asociada a las innovaciones tecnológicas en materia de transporte, como es el caso del ferrocarril y posteriormente del automóvil. De esta forma, el hombre moderno inicia el proceso de expansión del tiempo, del espacio y de su personalidad, los tres elementos claves de la modernidad y de la posterior hipermodernidad o sobremodernidad, a la cual se refieren autores como Marc Augé (10).

El cambio de cosmovisión es progresivo y además no es uniforme en todo el territorio. Cabe evitar un etnocentrismo pero, más aún, una centralidad de ciertos progresos asimilables a los grupos sociales mejor integrados por la modernidad. Por ello, es posible que durante décadas los seguidores de la geografía clásica vidaliana hayan podido proseguir sus estudios regionales tradicionales, realizando los muy conocidos trabajos "por cajones", que consistían en repetir un mismo esquema de análisis, a modo de un intento casi enciclopedista de aprehender todas las facetas de los procesos territoriales en la única dimensión aceptable en la época: la regional.

Sin embargo, el cambio se fue presentando a pesar de ello: por ejemplo, la aparición de organismos mundializados, como la Sociedad de Naciones, un funcionamiento cada vez más interactivo de los capitalismos nacionales (justamente cuando Lenin forja el concepto de "imperialismo"), una expansión de las manifestaciones culturales (entre otros por las ferias y las exposiciones universales). Todo ello fue agregando piezas en la construcción de una categoría a la cual se trató de ajustar un nombre poco afortunado: la "modernidad". Modernidad asociada a la velocidad, al cambio, pero también a una visión lineal del tiempo, en donde el pasado es pasado y no se representa. Asociada también a un concepto de espacio, que también reflejaría una de las categorías explicativas centrales de la modernidad: la acumulación (11). No es fortuito que después de que Alemania tocara fondo en los años veinte, el expansionismo alemán recuperara desde una posición geopolítica los conceptos del siglo XIX de Friederich Ratzel, relativos a la expansión territorial, a la construcción del *lebensraum* o espacio vital, concebido a la luz de la expansión territorial (12).

Nacer, crecer, expandirse, dominar, controlar en forma creciente (13), acumular, son categorías sumamente relacionadas con el movimiento temporal y espacial. Difícilmente el espacio podía ser introvertido, sometido al ritmo de las cosechas o de las mareas, infinitamente repetitivo en la sucesión cíclica de la vida. En breve, no se veía posible que el espacio pudiera ajustarse a una existencia diferente de las sociedades para las cuales la evolución no era central. Este espacio cíclico, constantemente renovado en la permanencia, es el espacio de la región tradicional, rápidamente desdeñado por la teoría "moderna".

Para la modernidad, el espacio debía poder ser medido, ya que era preciso dimensionarlo, reconocer su extensión, articular sus transformaciones con el paso de un tiempo lineal. En tal contexto, el espacio no podía más que ser geometrizado, transformado profundamente, borrando sistemáticamente sus rasgos históricos, sus características que determinaban formas peculiares, únicas (recordemos la unicidad de la región de Richard Hartshorne) (14) de relaciones entre las microsociedades y sus paisajes.

El paso del espacio de la sociedad regional, profundamente marcado por su identidad, su historia y su cultura, al espacio geometrizado de la modernidad, se hace progresivamente. Así, autores como Walter Christaller se encuentran en la bisagra de dos visiones: por una parte, geometrizan el espacio, lo reticularizan, determinan formas matemáticamente óptimas para describir su ordenamiento, pero al mismo tiempo siguen profundamente marcados por una concepción regional del espacio. Christaller reconoce regiones, organización territorial y, por ende, subentiende la existencia de formas regionales que podían particularizarse a pesar de la uniformización de las reglas del juego (las del mercado) que determinan el ordenamiento de las formas regionales. Lösch, desde su peculiar visión de la economía espacial, refuerza lo anterior cuando agrega el principio de optimización de las localizaciones funcionales, de tal suerte que crea regiones "pobres" y "ricas" en cuanto a actividades (15).

En la segunda posguerra, cuando aparece la obra de Walter Isard, parece en buena medida la visión tradicional de la región (16). La visión dogmatizada de la región matematizada se imponía en asociación a una corriente neopositivista que iba dominando las ciencias sociales. Así, no sólo se dieron nuevos contenidos al concepto de espacio, sino también a la forma de enfocar el tema de la región. De esta forma, el espacio se constituyó en un plano geométrico mientras que la región devino en un recorte oportuno, justificado por el enfoque del autor, pero de ninguna manera un sujeto del cual se estudia el comportamiento. En otros términos, contrariamente a la visión de la geografía clásica francesa, se plantea que la región no existe, el analista la hace existir.

Objetivizar la región como lo harán los geógrafos cuantitativistas permite, en forma por lo demás cómoda, transformar la complejidad de las relaciones intra e interregionales, en un conjunto de variables a su turno identificables por indicadores medibles. Así, las desigualdades regionales se hacían desequilibrios entre niveles cuantitativos, entre valores de indicadores como el producto regional bruto, o –para los más sofisticados– niveles de desarrollo o índices similares.

La emergencia de una fuerte corriente marxista en las ciencias sociales, y por lo que nos interesa en particu-

lar en la geografía, tendrá efectos sumamente positivos, pero al mismo tiempo reforzará rasgos tradicionalmente débiles del estudio y de la conceptualización de las regiones (17).

Por una parte, la aplicación mecanicista de los conceptos de la economía marxista al estudio del espacio y de las regiones, tuvieron por lo menos dos consecuencias dramáticas: por una parte, se redujo la complejidad de la esencia de lo regional a cuestiones esencialmente económicas (aunque no exclusivamente). Por otra, en la tradición leninista se acuerda tal preponderancia a las dimensiones globalizadoras del capitalismo avanzado, que se privilegia el macro-espacio sobre las dimensiones regionales o de menor escala.

Durante la década de los sesenta, y sobre todo durante los setenta, es evidente que las cuestiones micro-locales pierden relevancia: cabe estudiar los grandes procesos del capitalismo de la época, que parece sumergir al mundo entero en una dinámica de dependencia, subordinación y que reduce a muchos países al subdesarrollo.

Una posibilidad: el Este. Sumergidos en la economía estatizada de obediencia marxista, los países del Este deberían de haber conducido una política regional diferente, más acorde al reconocimiento de las diferenciaciones regionales, influida por una voluntad de mejorar la distribución territorial de la riqueza, reduciendo las desigualdades regionales inherentes al capitalismo, a un simple recuerdo del pasado. Desgraciadamente, la situación fue muy diferente. Del modernismo capitalista al socialismo emprendedor y centralista del estalinismo no ha habido más que un paso. Hoy en día varios autores han denunciado el carácter faraónico del desarrollo socialista, su total falta de respeto a la heterogeneidad de sus regiones, su rechazo a las tradiciones regionales, y la impensable destrucción del ambiente que surge como resultado de este enfoque orientado al desarrollo nacional-regional.

De esta forma, la región ha sido vista por los marxistas occidentales como un espacio de concreción de las desigualdades regionales y, por ende, un espacio a partir del cual se podía criticar el funcionamiento del capitalismo, más que reconocer las diferencias de funcionamiento de las regiones en el mismo capitalismo.

El concepto de desigualdades tal y como ha sido aceptado o asimilado por los marxistas es, antes que todo, la referencia a un estándar, a un promedio nacional y, por ende, no es un reflejo de la región como sujeto, sino referencias pormenorizadas de espacios funcionalmente articulados en el modelo nacional, en buena medida conducido por las políticas públicas del Estado capitalista. Lo anterior permite entender la tónica de los estudios regionales de la época, pero también la carencia de un concepto acabado de región. Como ya lo manifestamos en otro trabajo, esta visión conlleva a reconocer que en esta concepción el espacio (y por ende la región, que es sólo un recorte oportuno del mismo) no es más que un soporte o un reflejo de las relaciones sociales.

Sólo mediante las aportaciones de algunos geógrafos, se empieza a romper el velo a fines de los setenta. Estos ponen en tela de juicio la relación subordinada del espacio a la sociedad, planteando la estrecha relación entre ambos y, de hecho, la imposibilidad de hablar de uno sin el otro (18). Así, se puede plantear el concepto de territorio, que articula las relaciones societarias con las formas territoriales y se vuelve, en cierta forma, a reconocer el carácter de sujeto de la región.

Las formas de estudio de la región deben entonces variar: si bien la tradición marxista ha dejado una huella positiva en cuanto al recurso a la historia, no es menos cierto que se empezó a reconocer que los procesos regionales no tienen solamente explicaciones originadas en la esfera nacional, sino que son el resultado de la intersección entre las fuerzas micro-locales, las que se manifiestan a escala de la misma región, y las que emergen de los ámbitos nacional e internacional.

De esta forma, empezaron a surgir en los ochenta, estudios regionales que prestaban atención a factores diversos, raras veces analizados por el pasado: es el caso, por ejemplo, de la política regional, de los movimientos sociales regionales, de la identidad regional, entre otros muchos temas.

Lo anterior se liga con un cambio radical en el funcionamiento de las sociedades, posterior a la caída del muro de Berlín, la aparición de nuevas formas de organización del trabajo, la puesta en tela de juicio de la

hegemonía estadounidense frente al crecimiento de Japón como potencia emergente, y varios otros fenómenos que han puesto en cuestionamiento los paradigmas que parecían más afianzados en el mundo "moderno".

La crítica de la modernidad y la emergencia de una corriente de pensamiento que remite a la posmodernidad son parte de este nuevo enfoque que trastoca los paradigmas tradicionales y deconstruye realidades firmemente establecidas. No podemos pensar que los conceptos de tiempo y espacio pueden escapar a similares terremotos en las esferas de la vida actual.

2. ¿UN NUEVO PARADIGMA ESPACIAL Y REGIONAL?

Lo anterior muestra la necesidad de reconstruir un paradigma adecuado a las condiciones actuales. Una primera cuestión al respecto es la reconceptualización del tiempo y posteriormente del espacio-tiempo. En otros trabajos hemos enfatizado la aparición de nuevas concepciones del tiempo, basadas en las aportaciones de la tecnología que permite que eventos producidos en diversos lugares alejados entre sí, se transformen en eventos simultáneos (19).

De esta forma, en paralelo a la concepción cíclica del tiempo de las sociedades tradicionales, se presenta la concepción de tiempo lineal, propio de las sociedades modernas y actualmente el de tiempo simultáneo de las sociedades posmodernas. Varias conceptualizaciones del tiempo se encuentran entonces vigentes, lo que enriquece pero también complica el Dédalo del fin de milenio (20).

Otra dimensión importante del problema es que no se puede vislumbrar una articulación única de concepción del tiempo con la del espacio en una sociedad nacional dada. En efecto, existe una combinatoria de espacios-tiempos en cada unidad espacial nacional, cuya peculiar combinación, el predominio de una visión sobre otras, la forma de articularse en el territorio, responden a los procesos históricos que han trazado la evolución de la unidad nacional y de las microunidades que la integran.

Así, la peculiar combinación espacio-tiempo puede constituirse en una forma de regionalizar un espacio nacional, de reconocer la existencia de regiones-sujetos, que emergen de la aceptación dominante de una visión de espacio-tiempo particular en un momento dado. Las regiones pueden entonces contener grupos sociales y económicos que se manejan a velocidades diferentes y en respuesta a sus cosmovisiones explícitas o intuitivas, que incluyen una visión del tiempo y otra del espacio, ambas organizadas en un paradigma central de cada grupo social. La región es entonces una *articulación coherente de articulaciones sistémicas* entre diversos grupos y cosmovisiones espacio-temporales.

La región es antes que todo un referente que une y construye los grupos sociales, que ofrece un espacio de interacción entre las visiones del mundo de los distintos grupos que representan la sociedad regional. En este sentido y con referencia particular al caso de Walonia y Flandes, Claude Javeau expresa: "*el repliegue sobre la 'región' sólo es un avatar de la construcción mental de la comunidad, que vuelve a traer una componente étnica 'purificada'*" (21).

Más que desde la economía (como se creyó mucho tiempo), sería desde una perspectiva cultural que podría desprenderse una visión nueva de la región, es decir, la posibilidad de construir un nuevo paradigma regional.

No obstante, la geografía económica no se ha quedado atrás. Siguiendo con una visión muy objetiva-racionalizadora del espacio, los economistas-espacialistas y los geógrafos económicos, han confluído en repensar la región a partir de las nuevas tendencias de la economía mundial, particularmente desde una corriente regulacionista.

De esta forma han vuelto a discutir los viejos paradigmas de la localización industrial y las teorías del desarrollo regional y del desarrollo económico a secas. Así, emergen nuevas orientaciones en las cuales se definen por lo menos dos líneas esenciales:

- Aquellos que defienden la existencia de un nuevo paradigma de la geografía económica, fundamentado en la acumulación flexible, es decir, la posibilidad de

reconstruir nuevas formas regionales sobre la base de las nuevas relaciones entre agentes económicos en la esfera de lo local. El concepto de distrito industrial retomado de las propuestas de Alfred Marshall realizadas a inicios de este siglo, es el caso más contundente de las aportaciones de este grupo (22).

– Frente a ellos, se destaca el papel crítico ejercido por otros autores, para los cuales no se puede mitificar la geografía desde un enfoque idealista: sólo predominan realmente las tendencias globalizadoras, con la formación de un espacio y de economías que funcionan por redes (concepto de espacio reticular) (23). Posiblemente, como lo sostienen Benko y Lipietz, la razón se encuentra en una sana medida, que reconoce la existencia de nuevas formas de articulaciones locales de los espacios flexibles, con la presencia simultánea de grandes porciones de la economía que funciona en forma cada vez más reticular (24).

El debate iniciado hace algunos años por geógrafos y economistas es rico en aportaciones. Entre ellas se pueden destacar la revalorización de las condiciones locales del desarrollo, las relaciones personales de los agentes económicos, la presencia de un tejido regional o distrital favorable al desarrollo, en breve, una serie de consideraciones que en cierta forma “humanizan” o mejor dicho “sociologizan” el discurso matemático, frío, de la geografía económica tradicional. Pero, por otra parte, la geografía económica tiene fuertes dificultades para integrar las aportaciones que surgen de otras disciplinas como la sociología, la antropología o la etnología, debido a la incompatibilidad “genética” entre sus paradigmas esenciales y los de dichas disciplinas.

Por otra parte, como ya se planteó, desde una perspectiva mucho más societaria, se están afirmando nuevas perspectivas de sumo interés para la geografía. No es el objeto de este breve ensayo el de repasar en detalle dichas líneas innovadoras. Sin embargo, cabe destacar que la historicidad de los procesos (recordemos el origen marxista de esta perspectiva) se ha puesto en evidencia a través del trabajo de diversos autores, entre los cuales se destacan Harvey, Gregory y Soja (25). Sin embargo, es preciso subrayar que es posible encontrar orientaciones similares en autores con formación de historiadores, particularmente en la historia de las ideas, de los mitos, de los comportamientos microsociales, etc.

Desde un ángulo un tanto diferente, los sociólogos, y particularmente los que se han interesado en la dimensión sociológica de las transformaciones de las sociedades actuales, han reencontrado en el espacio un potente concepto para sus análisis. Maffesoli, Javeau y otros, demuestran en sus obras (26), la presencia permanente del espacio, como un factor central del análisis, que tiende a espacializar sus indagaciones. Esto se observa sobre todo en aquellos que pueden ubicarse en una perspectiva de sociología especulativa a la Simmel, muy opuesta a la sociología pragmática, racionalista y frecuentemente cuantitativista, que aún domina los medios profesionales.

Dichos sociólogos han vuelto a encontrar la importancia de los procesos espaciales, en buena medida apoyados en la intuición genial de Foucault, cuando afirmó que el tiempo es a la modernidad lo que el espacio a la posmodernidad. Este reconocimiento implícito del papel de los procesos espaciales entre los sociólogos y filósofos ha reconducido el interés por una visión más propia de ciencias sociales que de economía, donde las disciplinas dominantes son la sociología, la historia, la filosofía, la antropología y la etnología. A este respecto, Balandier afirma que: “...los antropólogos, porque tratan sobre todo de las sociedades con fuerte dominio de las tradiciones, han centrado su atención en los espacios los más calificados, los que Marc Augé designa bajo el nombre de ‘lugares antropológicos’, confiriéndoles una triple función identitaria, relacional e histórica...” (27).

Por su parte, Maffesoli afirma que: “...Así, no se trata de utopías mayores o de grandes sistemas racionales, sino de pequeñas utopías intersticiales específicas de épocas emocionales...” (28). Estas pequeñas utopías, estos pequeños modelos que cimentan las agrupaciones tribales modernas, reemplazan los grandes modelos sociales (y territoriales, sea dicho de paso), y ofrecen un nuevo estilo comunitario para el cual el espacio local es la base misma de su anclaje como grupo y en la sociedad global.

Sociólogos de lo cotidiano, antropólogos de la modernidad, etnólogos de las ciudades, como Augé, coinciden en la necesidad de revalorizar el espacio: en esta brecha en las ciencias sociales tradicionales, se incluyen algunos geógrafos demasiado contentos de en-

contrar eco a sus preocupaciones de antaño sobre la identidad local y regional, el espacio vivido, las relaciones socioespaciales, etc. (29).

Todo lo anterior nos permite volver a preguntarnos: ¿Se ha reconstruido un paradigma nuevo para el espacio y la región? Aunque lo afirmábamos tiempo atrás desde una perspectiva de geografía económica que buscaba sus soportes en las nuevas formas de organización del trabajo, hoy no podemos más que reconocer la existencia de este Dédalo (laberinto), como califica Balandier a este fin de siglo. Construir un paradigma nuevo implicaría que nuevas certezas sobre la orientación global del modelo económico planetario fueran explícitas; que las nuevas pasiones étnicas, religiosas y tribales de cualquier tipo, se encuadraran en nuevas formas de convivencia y sólo se destacaran como brotes dionisiacos pacíficos, escape y garante del nuevo orden social que aún no se construye totalmente (30).

Sin embargo, también exige que las ciencias sociales, y por lo que nos atañe la geografía, salgan del sendero trazado por la modernidad y reconozcan la valentía y el valor de un esfuerzo especulativo hacia la deconstrucción/reconstrucción del concepto de espacio y, consecuentemente, del de región.

N O T A S

(1) Augé, Marc (1994). *Le sens des autres (actualité de l'anthropologie)*, Fayard, París, 199 pp. Augé, Marc (1993). *Los "no lugares". Espacios del anonimato, una antropología de la sobremodernidad*, Gedisa Editorial, Barcelona, p. 125. Maffesoli (1979). *La conquête du présent, pour une sociologie de la vie quotidienne*, Col. Sociologie d'aujourd'hui, Presses Universitaires de France, París, 200 pp. Sansot, Pierre (1971). *Poétique de la ville*, Klincksieck, París.

(2) Hiernaux, Daniel y Alicia Lindón (1993). "El concepto de espacio y el análisis regional", en: *Revista Secuencia: Revista de historia y ciencias sociales*, Nueva Epoca, N° 25, enero-abril, Instituto Mora, México, pp. 89-110.

(3) Geertz, Clifford (1992). *La interpretación de las culturas*, Gedisa, Barcelona, p. 387. Augé, Marc (1987). *El viajero subterráneo. Un etnólogo en el Metro*, Col. El mamífero parlante, Gedisa Editorial, Buenos Aires, p. 117. Chesneaux, Jean (1989). *Modernité-Monde*, Col. Cahiers Libres, Editions La Découverte, París, 233 pp.

(4) Hiernaux, Daniel y Alicia Lindón (1993). *Op. cit.*

(5) Capel, Horacio (1981). *Filosofía y Ciencia en la Geografía Contemporánea*, Editorial Barcanova, Barcelona, p. 509. Claval, Paul (1974). *Evolución de la Geografía humana*, Colección Ciencias Geográficas, Editorial Oikos-Tau, Barcelona, 240 pp. Gómez Mendoza, Josefina (1986). "Geografías del presente y del pasado. Un itinerario a través de la evolución reciente del pensamiento en Geografía Humana (1979-85)", en: García Ballesteros, Aurora (comp.), *Teoría y práctica de la Geografía*, Editorial Alhambra, Madrid, pp. 20-43.

(6) Los trabajos de Fernand Braudel sobre el Mediterráneo son particularmente ejemplificativos de esta visión, del arraigo al territorio. Evidentemente, Braudel, en este sentido hereda la visión vitaliana de la geografía posibilista francesa. Braudel, Fernand (1984). *Civilization and capitalism, 15th-18th century*, Ed. Harper and Row, New York.

(7) Sorre, Max (1967). *El hombre en la tierra*, Editorial Labor, Barcelona. Particularmente, pp. XI-XIII.

(8) Kam, Stephen (1983). *The culture of Time and Space, 1880-1918*, Harvard University Press, Cambridge, 372 pp.

(9) Fournier, Charles (1973). *La armonía pasional del nuevo mundo*, Taurus, Madrid, 293 pp.

(10) Ortega y Gasset, José (1983). "Algunos temas del 'weltverkehr'", en: *Obras Completas*, Tomo IX, Alianza Editorial-Revista de Occidente, Madrid, pp. 339-343.

(11) Aitali, Jacques (1982). *Historias del Tiempo*, Sección Obras de Historia, Fondo de Cultura Económica, México, 287 pp.

(12) Recordemos que Ratzel al forjar el concepto de "espacio vital" incorporó de manera explícita todo el organicismo-evolucionismo positivista en el análisis territorial. Capel, Horacio (1981). *Filosofía y Ciencia en la Geografía Contemporánea*, Editorial Barcanova, Barcelona, pp. 289-293.

(13) Estas son las bases de la teoría del espacio vital de Ratzel.

(14) Hartshorne, Richard (1939). *The Nature of Geography*, Association of American Geographers, vol. XXIX, N°s. 3 y 4, Pennsylvania, pp. 250-365.

(15) Vale la pena señalar que un artículo poco conocido del geógrafo anarquista francés Eliseo Reclus, plantea una posición similar y obviamente anterior a estos autores (texto de 1895) respecto de la regularidad en el ordenamiento del territorio. Por el hecho de que Christaller compartía la profesión de Reclus, la filiación puede haber sido más que involuntaria (pero no mencionada). Reclus, Elisée (1992). "L'évolution des villes", en Roncayolo, Marcel y Thierry Paquot (comp.), *Villes et civilisations urbaines XVIII-XXe siècle*, Collection Textes essentiels, Larousse, París, 158-172.

(16) Isard, Walter (1975). *Introduction to Regional Science*, Englewood Cliffs, New Jersey, Prentice Hall, 506 pp.

(17) Peet, Richard (ed.) (1977). *Radical Geography: alternative viewpoints on contemporary social issues*, Methuen and Co. Ltd., London, pp. 1-30.

(18) Santos, Milton (1984). *Pour une nouvelle géographie, de la critique de la géographie à la géographie critique*, Office des Publications Universitaires, Publisud, París, 188 pp.

- (19) Hiernaux, Daniel (1994). "Espacio y apropiación social del territorio: ¿Hacia la fragmentación en la mundialización", en: *Artymaña*, año 1, Nº 1, pp. 14-16 (segunda parte en prensa, en el Nº 2), véase también, Santos, Milton (1991). "A revolução tecnológica e o território: realidades e perspectivas", en: *Terra Livre*, Nº 9, julho-dezembro, São Paulo, pp. 7-17. Santos, Milton (1993). "A aceleração contemporânea: tempo mundo e espaço mundo", en: Santos, Milton et al. (organiz.). *O Novo Mapa do Mundo, Fin de Século e Globalização*, Hucitec-ANPUR, São Paulo, pp. 15-22.
- (20) Balandier, Georges (1994). *Le Dédale (pour en finir avec le XX^{ème} siècle)*, Ed. Fayard, Paris, p. 234. En éste, su libro más reciente, el autor hace bastante énfasis en las cuestiones temporales, como suele ser una nueva costumbre entre los antropólogos que estudian la posmodernidad o, por lo pronto, las sociedades actuales.
- (21) Javeau, Claude (1992). "Du mythe du contrat au mythe de la communauté", en: *Revue de l'Institut de Sociologie*. Décomposition et récomposition du social: Le cas de la Belgique, Université Libre de Bruxelles, Varia, Nº 1/4, Bruxelles, p. 47.
- (22) Scott, Allen et Michael Storper (1992). "Le développement régional reconsideré", en: *Espaces et Sociétés: Restructurations économiques et territoires*, N^{os} 66-67, Éditions L'Harmattan, Paris, pp. 7-38. Scott, A. J. (1988). Flexible production systems and regional development: the rise of new industrial spaces in North America and western Europe", in: *International Journal of Urban and Regional Research*, vol. 12, num. 2, june, pp. 171-186.
- (23) Amin, Ash et al. (1992). "Corporate restructuring and cohesion in the New Europe", in: *Regional Studies*, vol. 26.4, pp. 319-331. Amin, Ash and K. Robins (1990). "The re-emergence of regional economies? The mythical geography of flexible accumulation", in: *Environment and Planning D: Society and Space*, vol. 8 (1), pp. 7-34.
- (24) Benko, Georges (1992). "Espace industriel, logique de localisation et développement régional", *Espaces et Sociétés: Restructurations économiques et territoires*, N^{os} 66-67, Éditions L'Harmattan, Paris, pp. 129-146. Benko, Georges et Alain Lipietz, directores (1992). *Les régions qui gagnent (Districts et réseaux: les nouveaux paradigmes de la géographie économique)*, collection Economie en Liberté, PUF, Paris, 424 pp.
- (25) Soja, Edward (1989). *Postmodern Geographies, the reassertion of space in critical social theory*, Verso, London, 267 pp. Gregory, Derek (1994). *Geographical imaginations*, Blackwell, London, 442 pp. Harvey, David (1989). *The conditions of postmodernity (an enquiry into the Origins of Cultural Change)*, Blackwell, London, 378 pp.
- (26) Maffesoli, Michel (1979). *La conquête du présent, pour une sociologie de la vie quotidienne*, Col. Sociologie d'aujourd'hui, Presses Universitaires de France, Paris, p. 200. Maffesoli, Michel (1991). *Le temp des tribus, le déclin de l'individualisme dans les sociétés de masses*, Col. Le Livre de Poche: Essais, Librairie meridiens Klincksieck, Paris, p. 284. Javeau, Claude (1991). *La société au jour le jour, écrits sur la vie quotidienne*, De Boeck Université, Ouverture Sociologiques, Bruxelles, p. 292.
- (27) Balandier, Georges (1994). *Op. cit.*, p. 58.
- (28) Maffesoli, Michel (1993). *La contemplation du monde (figures du style communautaire)*, Grasset, Paris, p. 141.
- (29) Ortega Cantero, Nicolás (1987). *Geografía y Cultura*, Alianza Editorial, Madrid, 123 pp. Harvey, Fernand (dir.) (1994). *La région culturelle. Problématique interdisciplinaire*, Institut Québécois de Recherche sur la Culture, Québec, 231 pp. Frémont, Armand (1976). *La région, espace vécu*, P.U.F., Paris. Bailly, Antoine et Renato Scariati (1990). *L'Humanisme en Géographie*, Col. Géographie, Anthropos, Paris, 172 pp.
- (30) Maffesoli, Michel (1985). *L'ombre de Dionisos (contribution à une sociologie de l'orgie)*, Le Livre de Poche, Biblio-Essais, Paris, 245 pp. Maffesoli, Michel (1993). *La contemplation du monde (figures du style communautaire)*, Grasset, Paris, 235 pp.